

SOL GONZÁLEZ CHÉLIZ



COORDINADORAS INTERFABRILES: CLASE OBRERA E IZQUIERDA EN LOS '70

Acerca de *La guerrilla fabril*
de Héctor Löbbe

En *La guerrilla fabril*¹, Héctor Löbbe se propone realizar algunos aportes para entender el proceso revolucionario que tiñó la Argentina en los años '70 y avanzar en comprender las causas de su derrota a manos del golpe militar de 1976. Las interpretaciones tradicionales sobre el período en gran parte han velado que la salida golpista abonada por los distintos sectores de la burguesía argentina respondía a la complicada tarea que se habían propuesto de disciplinar a una clase obrera cada vez más combativa que avanzaba hacia posiciones clasistas, desbordando a la burocracia sindical, tendiendo a constituir formas embrionarias de doble poder y a la ruptura con el peronismo. Este libro contribuye, sin duda, a reconstruir un relato centrado en la intervención de la clase obrera para explicar la magnitud del genocidio, diferente de aquellos que reducen el agudo enfrentamiento entre clases a una lucha entre el Estado y las organizaciones guerrilleras.

Sobre la base de ese “cuarto relato”², como lo hemos llamado en un número anterior de esta revista, se abre un camino que debe permitirnos

1. Héctor Löbbe, *La guerrilla fabril. Clase Obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Bs. As., Ediciones RyR, 2006.

2. Véase Christian Castillo, “Elementos para un cuarto relato de los '70””, en *Lucha de Clases* N°4, Noviembre 2004, para un desarrollo más amplio ver Ruth Werner y Facundo Aguirre, *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*, Bs. As., Ediciones IPS, 2007.

avanzar en un balance de la experiencia de los '70. Extraer todas las lecciones posibles tiene una gran importancia no sólo para aquella generación que luchó y dio su vida, y para toda una generación de jóvenes que nacimos a la vida política después del 2001, sino para todos aquellos que desde un lugar militante nos proponemos luchar por el socialismo en un momento donde sigue planteado un debate de estrategias y la construcción de un partido revolucionario.

LAS COORDINADORAS INTERFABRILES

La investigación de Löbbe tiene su eje en el proceso de formación de las Coordinadoras Interfabriles [en adelante CI] del Gran Buenos Aires y Capital Federal, como punto más álgido de la organización obrera dentro del ascenso marcado entre los años 1969-1976, y centralmente en la Coordinadora de Zona Norte (que abarcó los partidos de Vicente López, San Isidro, San Fernando y Tigre). El trabajo cuenta con una descripción de la huelga general en el marco de las jornadas de Junio y Julio de 1975, y permite contextualizar a las CI dentro de un movimiento general de repuesta obrera frente al "Plan Rodrigo", que no sólo abarcó Gran Buenos Aires y Capital sino que incluyó los sectores del cinturón fabril que rodea la rivera del Paraná (a pesar de haber sido derrotada la huelga en mayo de 1975), el anillo industrial de la ciudad de Córdoba, la zona del Gran Rosario, La Plata, Berisso y Ensenada.

Löbbe comienza rastreando los antecedentes de las CI desde el proceso de semi-insurrecciones (1969-1972) y en las luchas contra el pacto social a partir de 1973, planteando que estos organismos, surgidos a mediados de 1975 coincidiendo con el Rodrigazo, fueron producto esencialmente de las transformaciones cuantitativas y cualitativas de la clase obrera desde el primer peronismo, combinadas con la acción de los activistas político-sindicales de izquierda, retomando la experiencia de la resistencia y el clasismo. En su trabajo destaca que el proceso de lucha que desemboca en la huelga general de Julio de 1975 no puede concebirse sólo como resultado de la acción espontánea ni como fruto de la voluntad de la conducción gremial burocrática, sino como consecuencia de la "labor conciente de la izquierda en la recuperación de organismos gremiales".

Löbbe además describe la actividad de las CI, analiza su composición social para poder determinar a qué sectores de trabajadores organizaban y el programa que dichos organismos levantaban. De esta forma, concluye que las CI, y sobre todo la de zona Norte, agruparon a un sector de la clase obrera muy concentrado y con altos salarios, registrándose "en el área geográfica más importante del capitalismo argentino", por haber sido la zona con mayor concentración de grandes industrias (automotrices, metalúrgicas, astilleros), y parte además del cordón industrial que bordeaba al centro político del país.

Las acciones y la organización de las CI se desarrollaron sobre la base de la acumulación de experiencias previas de una nueva vanguardia fogueada desde el '69 y en las luchas contra el Pacto Social, utilizando métodos como la huelga, las tomas de fábrica y el control obrero de la producción hasta preparar la huelga general de Julio de 1975. Si bien alcanzaron un desarrollo incipiente, estos organismos aspiraron a proyectarse como un polo organizativo capaz de aglutinar a la vanguardia de la clase obrera para enfrentar al gobierno y la conducción gremial burocrática planteando la necesidad de recuperar los sindicatos: "La emergencia e incipiente grado de organización 'por abajo' que intentaron las Coordinadoras Interfabriles, sería un intento de poner en pie una herramienta organizativa que rompiera el chaleco de fuerza impuesto por el sistema y permitiera avanzar en una perspectiva política revolucionaria". El movimiento de comisiones internas recuperadas se constituyó en organismos de doble poder al interior de las fábricas llegando a una instancia de coordinación zonal. Aquí Löbbe, tomando a Gramsci, describe cómo las CI pueden asimilarse a los Consejos Obreros turinenses de 1919-1920, al conformarse en organismos fabriles de base con los más plenos criterios de democracia (delegados elegidos por la base, mandatos de fábricas, revocabilidad) para la discusión y organización, enfrentándose no sólo con la burguesía sino también con las direcciones burocráticas. Las CI se constituyeron de este modo como un doble poder dentro de las fábricas llegando a plantear incipientemente el control de la producción.

Los consejos de fábrica, que enfrentan al poder empresario con el de los trabajadores que emplea, son organismos embrionarios del doble poder, pero no logran estructurar al conjunto de las fuerzas sociales para derrocar al orden capitalista. El soviét, como lo describe Trotsky y lo retoma Löbbe, es una organización política, social y territorial que organiza a las amplias masas explotadas no sólo al interior de la fábrica sino sobre un determinado territorio; es la forma institucional de la alianza obrera y popular y su existencia supone una situación revolucionaria de dualidad de poderes. Son los organismos de la insurrección: un frente único de masas y de sus partidos que disputa el poder del Estado. Pero para convertirse en un instrumento del poder obrero y popular requieren de la dirección de un partido revolucionario.

Como afirma Löbbe, las CI llegaron a desarrollarse como "embriones de doble poder", trascendiendo en parte los marcos de las fábricas y constituyéndose en organizaciones de la huelga general, lo cual se expresó en que "en términos políticos su lucha por las libertades democráticas durante la huelga general logró el desplazamiento parcial del sector lopezreguista"³, pero no pudieron llegar a extender su influencia territorial y social para dar paso a organismos soviéticos. Este hecho, que marcó la debilidad de las CI, según Löbbe respondió a la falta de un eje político

3. Héctor Löbbe, op. cit., p. 278.

común que les permitiera “transformarse en un más amplio referente centralizador para el conjunto de la clase obrera y no sólo de sus fracciones de vanguardia”⁴, combinado con la represión y el reflujo que debieron afrontar, y el error de la izquierda en general de confundir “la disposición a la lucha que venían mostrando (desde 1969) las fracciones obreras más avanzadas y el conjunto de la clase, con una convicción acerca de la necesidad de producir una ruptura revolucionaria del régimen burgués”⁵. Sin embargo, consideramos que estas cuestiones no esclarecen hasta el final las causas de su derrota, más allá del límite objetivo de haber surgido tardíamente, cuando ya había pasado el proceso de semi-insurrecciones.

Desde nuestro ángulo, como más adelante retomaremos, las CI no pudieron dar lugar a organismos soviético por la influencia que tenía la burocracia sobre las masas trabajadoras, por la dirección misma de las CI que recaía centralmente en la JTP y porque la izquierda que se reivindicaba trotskista no tenía una estrategia para que las Coordinadoras se transformaran en reales organismos de doble poder ni, como señalamos más abajo, levantase un programa capaz de permitir a la clase trabajadora lograr su hegemonía sobre el conjunto de los sectores explotados. Creemos que Löbbe desarrolla muy bien las potencialidades que demostraron tener las CI, pero al perder de vista estos puntos, el trabajo se torna más bien descriptivo, dificultando extraer conclusiones sobre las implicancias de las distintas posiciones estratégicas sostenidas por las diferentes corrientes que actuaron en el seno de las Coordinadoras.

LA IZQUIERDA EN LAS COORDINADORAS

Si bien todas las corrientes de la izquierda en sentido amplio (abarcando desde el peronismo hasta aquellas que se reivindicaban del trotskismo), participaron de las CI una vez formadas, ninguna hizo de la lucha por su constitución, en todo el período abierto por el Cordobazo, una pelea permanente, ni tuvo una estrategia que permitiera el salto en calidad de estos organismos del doble poder fabril a un doble poder que disputara el poder del Estado. Esta falta de una “estrategia soviética” hizo que ninguna de las corrientes en las CI luche por un programa y consignas que postulen a éstas como base del poder obrero. El déficit que mencionamos se ve reflejado en el programa esencialmente corporativo y de lucha por algunas libertades democráticas que levantaban las CI, compuesto de nueve puntos dentro de los cuales cinco se referían a cuestiones propias de los trabajadores, otros dos a cuestionamientos a la burocracia sindical y los dos restantes: “8) Exigir la renuncia de los fun-

4. *Ibidem*, p. 286.

5. *Ibidem*, p. 285.

cionarios responsables de la situación política y económica, y de quienes traicionaron el mandato de liberación votado el 11 de marzo por el 80% de los argentinos y repudiados en el paro y las manifestaciones de los últimos días. 9) La libertad de los compañeros Ongaro, Piccinini, Collazo y demás presos gremiales, políticos y estudiantiles”⁶.

Las CI necesitaban armarse de un programa que les permitiera conquistar hegemonía sobre los sectores empobrecidos de las capas medias para poder plantearse la toma del poder. Sin embargo, el programa que levantaron careció de consignas que les permitieran articular una alianza obrera popular. No planteaban ninguna lucha contra el desabastecimiento, la inflación y la especulación, siendo estos problemas muy sentidos por el pueblo pobre y las clases medias durante las jornadas de Junio y Julio, lo que hubiera permitido extender su influencia social, política y territorial. Parte de las clases medias que en su momento podrían haber visto con simpatía a una clase obrera, que enfrentando a Isabel, se hubiese planteado dar solución a sus demandas, luego fueron girando hacia la derecha frente a la falta de una política de este tipo por parte de la clase trabajadora, llegando a convertirse en base de la política golpista hacia el final del período.

El Rodrigazo había mostrado que el gobierno de Isabel y López Rega tenía una respuesta a la crisis económica en beneficio de los sectores concentrados del capital. La huelga general planteaba la cuestión del poder de forma revolucionaria, develando que la salida por la fuerza no podía esquivarse, aunque no resolvía quién la daría. La única alternativa para evitar el golpe contrarrevolucionario y poner en retirada al gobierno organizador de la Triple A era construir una alianza de clases, obrera y popular, y orientar la huelga general hacia la caída revolucionaria del gobierno de Isabel por la acción directa de las propias masas. Sin embargo, no era éste el norte político de la mayoría de las organizaciones dentro de las CI. Por ello el programa que levantaban permitía efectivamente la articulación de un frente único de las Comisiones Internas y las corrientes políticas que actuaban en las CI, pero no se planteaba la caída revolucionaria de Isabel. Esto las desarmaba políticamente, como se demostró cuando, a pesar de la victoria parcial que supuso la huelga general, la burocracia logró cerrar la oportunidad abierta para la irrupción de las masas capitalizando la caída de Rodrigo y López Rega y constituyéndose como soporte del debilitado gobierno peronista, arbitrando entre éste y el repudio popular.

En este sentido, las salidas a la crisis levantadas por las distintas corrientes en ningún caso superaban el marco de la institucionalidad burguesa, elemento que Löbbe no problematiza cuando señala: “todas las organizaciones sin excepción consideraban que mientras se mantuviera movilizada la clase trabajadora, el riesgo latente de un golpe militar quedaba postergado.

6. *Ibidem*, p. 140.

[...] Por tal motivo, las fuerzas de izquierda, con distintas consignas planteaban la salida del gobierno peronista y la convocatoria a elecciones, que dilataba y quitaba argumentos a la posible irrupción militar⁷. A nuestro criterio, fue un error compartido por la izquierda el no ver que la situación ponía de relieve un enfrentamiento entre revolución y contra-revolución, donde el gobierno se derrumbaba y aún el proletariado no tenía una dirección reconocida. De lo que se trata es de comprender si la izquierda que se reivindicaba revolucionaria tuvo o no una política para triunfar.

En este mismo sentido, ninguna corriente planteó seriamente algo tan central como la autodefensa. Según Löbbe, “La consigna de ‘autodefensa’ para proteger a los principales cuadros resultaba casi imposible de implementar. En primer lugar porque demandaba montar un aparato que superaba la capacidad de las propias organizaciones. En algún caso, agrupaban sus esfuerzos de defensa en los establecimientos más cercanos y en otros buscaban que sus militantes fueran acompañados por sus compañeros de planta, aun reconociendo que esas prácticas no tenían más eficacia que la de autoconvencerse de que se ‘estaba haciendo algo por los compañeros’, ante la probada efectividad de las bandas asesinas para eliminar a los activistas”⁸.

La huelga general no sólo dejaba planteada la autodefensa sino que la constituía en una necesidad política para que las CI dieran un salto en calidad como organismos de tipo soviético. La simple movilización (o la movilización con convocatoria a elecciones) no podía frenar el golpe porque no se trataba de un enfrentamiento entre democracia y dictadura. Una política de autodefensa que lograra materializar un frente único obrero hubiese permitido fortalecer a la vanguardia para enfrentar al gobierno. Se podía partir de forma natural de las mismas iniciativas que venían llevando adelante los trabajadores, como fueron los numerosos paros y marchas en repudio de la represión, además de las medidas incipientes de autodefensa, a las que aportaron las fuerzas de izquierda, implementadas en algunas fábricas para proteger a delegados. Pero ninguna corriente tuvo una política para que se desarrollaran y generalizaran, organizando el legítimo repudio ante el accionar de las bandas de la Triple A en milicias obreras coordinadas por barrio y comités de autodefensa permanentes en cada fábrica.

La autodefensa no es solamente una cuestión de aparato militar. Tanto Montoneros como el PRT, pretendían enfrentar el aparato de Estado con su aparato guerrillero, lo cual se demostraba imposible. La condición para enfrentar a las bandas era entonces el ingreso a su organización, negándose a subordinar su aparato militar a los organismos de la clase obrera, dejando a las masas obreras desprotegidas y desarmadas minando

7. *Ibidem*, p. 215.

8. *Ibidem*, p. 192.

así la confianza en sus propias fuerzas. Sin embargo la huelga general logró lo que no había podido lograr la guerrilla: la caída de López Rega.

De acuerdo a los elementos recientemente enumerados creemos que el trabajo de Löbbe destaca la amplia participación de la izquierda en las CI pero no somete a crítica su estrategia. La conclusión fundamental acerca de las debilidades políticas que tuvieron las CI a la que arriba Löbbe es que “al no existir una fuerza política hegemónica, ese frente único estuvo huérfano de un eje político común que lo orientara. Esta situación, reflejo de una discusión que no se terminaba de saldar entre las organizaciones, le impidió a la Coordinadora transformarse en un más amplio referente centralizador para el conjunto de la clase obrera y no sólo de sus fracciones de vanguardia”. El problema no era la falta de un programa en general que orientara a las CI, sino la falta de un programa que pudiera enfrentar al gobierno y postular a la vanguardia obrera como alternativa de dirección. Como intentamos demostrar, más que una discusión no saldada entre las organizaciones con influencia en las CI, las debilidades del programa esconden un proceso que no terminaba de concretarse en la clase obrera: la superación de la conciencia peronista y de independencia frente a la política burguesa, lo que explica el peso que tenía la JTP como dirección en estos organismos y la influencia de la burocracia sobre las masas obreras. No podía postularse una unidad en el terreno político con la JTP que intentaba reeditar el FreJuLi con los sectores del peronismo desplazados del gobierno.

Consideramos los elementos sucintamente esbozados aportan a comprender mejor la crisis de dirección revolucionaria de la vanguardia obrera argentina en los '70 y extraer lecciones del pasado para pensar las tareas del presente.